

Un desconocido sermonario de Eguiara y Eguren

Ernesto DE LA TORRE VILLAR

ABSTRACT. Here it is shown an unknown aspect of Juan José de Eguiara y Eguren—that he is not only author of the *Bibliotheca Mexicana* and the *Selectae Dissertationes*, but also of a set of 25 sacred speeches. This article analyzes some of them, and keeps on studying the theological thought of that very important Mexican Theology belonging to the xviii century.

La perseverancia y la suerte van de la mano, una conduce a la otra, pero más alcanza la primera aun cuando la segunda es inapreciable. Cuando estamos cerca de conmemorar el tercer centenario del nacimiento de don Juan José de Eguiara y Eguren, es glorioso suceso encontrar un motivo más de gozo, de satisfacción, que nos permita entender mejor la obra del ilustre predicador y del reputado teólogo. El estudio de sus tratados teológicos, hasta hoy casi totalmente ignorados y el hallazgo de un volumen más de sus sermones, claros y buenos, y buenos por claros, representa un aporte más a su conocimiento. Hasta hace poco, sólo los estudios josefológicos realizados por el P. Roberto Balmori y en la actualidad los efectuados por Mauricio Beuchot sobre sus *Selectae Dissertationes Mexicanae* demostraban existía interés por la obra teológica del doctor Eguiara; y hoy, tenemos también la posibilidad de contar con un volumen desconocido que contiene cerca de veinticinco oraciones sacras, pronunciadas por el canónigo magistral en diversas iglesias de la ciudad de México,

entre los años de 1751 a 1756, esto durante poco más de un lustro, un lustro anterior al de su fallecimiento ocurrido en 1763.

En los estudios preliminares a la *Bibliotheca Mexicana*, me ocupé de analizar su actividad como orador sagrado. Revisé detenidamente su producción, desglosé los sermones guadalupanos que fueron varios y singulares, señalé cuáles habían sido o no impresos, los enumeré y clasifiqué y aporté una cifra considerable que permite apreciar la actividad oratoria de Eguiara, su incanzable labor de predicador, de conductor del pueblo de Dios. Los sermones analizados que se encuentran en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México, se hallan agrupados bajo un rubro genérico y cubren varios años. Nada indica que falten grupos sustanciales, su riqueza es sobresaliente pues entre ellos tenemos desde los pronunciados en sus primeros años hasta los de los tiempos postreros.

Los sermonarios de la Biblioteca Nacional, al igual que su extraordinario catálogo manuscrito, prolongación de su *Bibliotheca Mexicana*, que quedó inédito como los sermones, son autógrafos del polígrafo, escritos con su letra menuda, clara, apretada a veces, otras más amplia y en los que se advierte el cuidado exquisito que ponía en su producción. De su paternidad no podemos dudar, admiramos su perseverancia en el trabajo en la elaboración de esas dos preocupaciones sustanciales: el amor a la cultura y el abnegado interés por la predicación, por llevar sus conocimientos teológicos y escriturarios a la sociedad novohispana, por cumplir su obligación de canónigo magistral de la catedral y de predicador del oratorio de San Felipe Neri. Los textos de los sermones, ya lo dijimos, fuera de los textos ampliados, dispuestos para ser impresos, son textos breves, sucintos, a manera de una ayuda de memoria para su pronunciación en el púlpito. Pueden pasar y se exceden en perfección como meros apuntes. Tienen la concordancia, la sustancia y el orden de una buena pieza oratoria, pero son concisos, sencillos, con las menciones escriturarias o de la

patrística breves, simples y su traducción castellana correcta y clara. Podrían pasar por piezas breves destinadas a la conmemoración de una fiesta común y no de una pieza magistral catedralicia. Señalamos también que algunos de esos escritos constituyen sermones resumidos, ahora sí, recordatorios de la memoria para elaborar y pronunciar una pieza oratoria más amplia.

Todos o casi todos los sermones van acompañados, a más de su enunciación y un apoyo evangélico, escriturario o de la patrística, con la mención del evangelio en turno, según el ritual, con el señalamiento del lugar y la fecha en que fue pronunciado, todo ello en forma breve. Estos sermonarios, pues son varios los volúmenes que los contienen, están ordenados en el acervo cronológicamente. Puede verse en mi estudio mencionado el orden que guardan. Posiblemente este material, como el propio catálogo manuscrito y las cédulas numerosas que lo completaban, fueron trasegadas, examinadas por las diversas personas que los manejaron luego del fallecimiento de su dueño y autor. Ignoramos si todos los que los examinaron dejaron en orden ese material. Nada podemos decir de los sermones, o casi nada; sí podemos asegurar que las cédulas biobibliográficas no volvieron a su sitio. José Mariano Beristáin y Souza que aprovechó ese material para su *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, debió de manejar grandes grupos de cédulas, las cuales no fueron reintegradas a su sitio.

Ahora, a ese conjunto inventariado y comentado en otro lugar, vamos a añadir un nuevo volumen con más de dos docenas de sermones, el cual no sabemos por qué razón, salió del conjunto de volúmenes que se hallaban en la catedral o en el domicilio de don Juan José, y fue a parar a rica biblioteca eclesiástica, la catedralicia de la ciudad de León, Guanajuato, anteriormente santuario de Nuestra Madre Santísima de la Luz, biblioteca que se encuentra en un tremendo estado de abandono, de suciedad y de desorden, pese a que su contenido en obras de los siglos XVII hasta el día es extraordinario. Ahí

en enormes salones está depositado notable fondo bibliográfico, con ricas encuadernaciones, prodigiosos grabados y revelador de la atención que antaño se ponía en esos repositorios, los cuales debido a la incultura creciente, las conmociones sociales y revolucionarias, pérdida del orden, de la disciplina, mengua de los hombres de iglesia e imposibilidad de consagrarse al cuidado de esas colecciones y obras de arte, solo pudieron encerrarse en colosales bodegas, afortunadamente secas y sin humedad, pero ocultas con unos cartones y periódicos, colecciones de las que estarían orgullosas, antiguas catedrales y abadías del Viejo Mundo. Ahí en esos fondos que ahora tratan de limpiarse, ordenarse y ser puestos al servicio del público, se encuentra un volumen encuadernado en pergamino pero deshaciéndose en su interior, pues todos sus cuadernos se han separado y las hojas corren el riesgo de perderse, un volumen manuscrito en cuarto que contiene valiosos sermones autógrafos de don Juan José de Eguiara y Eguren. El volumen me fue mostrado por el incansable y laborioso señor licenciado Gerardo Partido Vite, encargado del cuidado de ese acervo, quien ha iniciado una pesada, fatigosa y ardua obra de limpieza y arreglo de esas múltiples colecciones.

Al examinar ese volumen, pude comprobar por las menciones, letra y forma de organización, que efectivamente se trata de un tomo suelto de sermones que no sabemos por qué motivos fue a parar al fondo leonés. El libro de sermones contiene, como otros manuscritos de Eguiara, impresos diversos: invitaciones a ceremonias eclesiásticas, a actos en la Universidad como exámenes, a ritos funerarios de personajes connotados, documentos que todos llevan el nombre del destinatario, doctor don Juan José de Eguiara; don Juan de Eguiara, Canónigo Magistral, etc. Esos impresos, varios intactos, completos, otros cortados por la mitad para aprovechar sus versos para escribir, son buenas piezas tipográficas, con letras capitales, tipos de letras variados y de los años 1751 a 1754. Algunos están signados por el doctor Juan Antonio de Fábrega, por el doctor Manuel Barrientos y Cervantes, por el

Mariscal de Castilla, quien invitaba a una graduación de doctor en medicina de don Andrés de Alcocer y Ojeda. Otros dentro del texto están cortados, pero en casi todos se observa el nombre del señor Eguiara. Ya hablamos del contenido y de la letra, lo que hace inconfundible a ese volumen.

Al abrir el libro, a la vuelta de la pasta, pegado en la parte superior izquierda se encuentra maltratado ex libris con el nombre: Luis G. Gordo y Gordo, quien debió ser su poseedor. No sabemos quién fue don Luis Gordo, posiblemente un canónigo de la catedral de México o un eclesiástico de la iglesia de León. Inmediatamente enfrente, una hoja con una lista de los sermones que contiene ese volumen, lista manuscrita de mala factura que registra las piezas oratorias. Esa letra es la de Eguiara, pues con ella se encuentran enunciados los títulos y las fechas y ocasiones de cada sermón. Se trata de una fea letra hecha a la carrera y no de la pequeña y cuidada letra menuda de los textos. Esta lista ocupa el lugar de la portada y registra veinte y cuatro sermones. A la foja siguiente, el verso está en blanco y en él se traslucen las letras de la lista. En el recto, que es el lugar de la portada, arriba y al centro, viene el título del Sermón primero que sí coincide con la lista y dice: *El beneficio de la Redempcion. Sermón de quincuagésima a 24 de febrero de 1754 en Catedral.* A la vuelta en verso, se encuentra una enumeración del lugar del libro, folio, en el que se halla colocado cada uno de los sermones, que son treinta. Los folios consecutivos de los sermones, que se señalan son: 1, 13, 19, 25, 31, 36, 41, 47, 53, 60, 63, 69, 75, 81, 87, 92, 96, 102, 106, 110, 115, 120, 124, 128, 132, 136, 143, 147, 151. Esto es, cada sermón ocupa de cuatro a siete folios y son más que los que vienen enunciados en la lista ya citada. Estas piezas llevan las fechas de 1751 a 1756; aun cuando no ocupan estricto orden cronológico sino que están salteados, pues cada cuadernillo está colocado indistintamente, todos ellos son sermones de cuaresma y semana santa, pronunciados en diferentes templos: catedral, los más; Palacio, San Felipe Neri. Van desde el primer viernes de

cuaresma, domingo de palmas o ramos; éstos son varios: sermón de Institución o Jueves Santo, pascua de resurrección, lo que quiere decir que en este volumen se cuidó colocar sermones homogéneos, referentes al mismo tiempo litúrgico. Esta unidad temática hace de este volumen un todo congruente integrado por el mismo autor, organizado de acuerdo con su propio criterio y dispuesto para ser manejado con independencia de los otros volúmenes que se encuentran en la Biblioteca Nacional y de los que ya hemos hablado.

¿Por qué este sermonario propio del tiempo cuaresmal fue separado del conjunto y fue a parar a la catedral leonesa? La respuesta es difícil y da lugar a varias conjeturas. La primera sería que don Luis G. Gordo y Gordo, eclesiástico, amigo y coetáneo del señor Eguiara, lo obtuvo prestado de éste y lo separó del conjunto para leerlo, estudiarlo y tener modelos de oraciones sacras para utilizarlas. Posiblemente Gordo y Gordo fue trasladado a León, llevando consigo ese volumen que pasó a la biblioteca del santuario en donde permaneció hasta el día. Ocurre pensar que este libro por su rareza y valor haya pasado a esa biblioteca en tiempos que gobernó la iglesia leonesa el ilustrado obispo Díez de Sollano, quien tanto se afanó por los ideales de la cultura. También podemos pensar que ese libro haya ido a parar a León en los años que gobernó su iglesia el sabio prelado don Emeterio Valverde Téllez, a quien debemos la notable *Bibliografía filosófica mexicana*. Esta última posibilidad hay que descartarla por cuanto el señor Valverde tuvo un apasionado amor a los libros e integró una colección que situó en otro sitio vigilado y cercano a él, el cual poseía notables piezas bibliográficas. Este conjunto a su muerte fue vendido por sus sucesores a la Biblioteca Pública de Monterrey, Nuevo León, y ahí se encuentra, desgraciadamente, desintegrado, pues sus cuidadores, supuestamente preparados en Texas, estimaron que muchos libros y colecciones de revistas eclesiásticas no tenían ninguna importancia y los vendieron como papel periódico en Monterrey, de lo que puede dar fe Israel Cavazos. El señor Díez de Sollano debió

formar notable biblioteca y es muy probable que la rica colección que aún se encuentra, bastante abandonada como hemos dicho, sea parte de la que él se encargó de formar, para apoyar su amplia labor cultural. Así, seguiremos ignorando el porqué ese volumen de sermones cuaresmales de don Juan José de Eguiara y Eguren fue a parar a la biblioteca de la catedral leonesa. Lejos de desentrañar ese misterio, ocupémonos de describir pormenorizadamente ese sugestivo libro.

Efectivamente en el folio uno, y así ocurre en todos los folios señalados con sus respectivos números, da principio el primer sermón, titulado el *Beneficio de la Redempcion*, sermón de cuadragésima dicho el 24 de febrero de 1754 en catedral, que se inicia con un texto de San Lucas que nos habla de la curación de un ciego. En la página siete o folio siete se inicia otro sermón de septuagésima, en catedral, fechado el 13 de febrero de 1753. El texto invocado es de San Mateo y se inicia: *Simile est regnum caelorum...* referente a un padre de familia que salió a buscar operarios, para su viña. El siguiente sermón rotulado como: *Executoria de Hijos de Dios. Amar a los enemigos*, en Palacio a 9 de marzo de 1753. El sermón que va señalado como otros muchos con las iniciales J. M. J. y una cruz, corresponde a un texto de San Mateo: *Diligite inimicos vestros...* y se inicia con las siguientes palabras que revelan era predicador palaciego en ciertas ocasiones:

El año pasado tal día como este, y en este mismo teatro, tomé por argumento de mi discurso un motivo verdaderamente poderosísimo para conciliar el amor hacia los enemigos, conviene a saber, que amarlos es carácter de escogidos, señal de predestinados...

En el folio 19 principia otro sermón, iniciado con las siglas J. M. J.†, con el mismo texto de Mateo: *Diligite inimicos vestros...* El folio 25 abre el sermón con un texto relativo a la tentación de Jesús: *Hic omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*. El sermón lleva una anotación que dice: Extracto para una plática de Oratorio, señal de que una vez pronunciado en ca-

tedral iba a ser reutilizado en parte para sus pláticas en el oratorio de San Felipe. El sermón en el folio 31 lleva el título: *El don que no concede Dios a quien no se lo pide. La perseverancia final.* Sermón de la Samaritana en catedral a lo. de marzo de 1752. En él hace interesantes explicaciones sacadas de las escrituras en torno de la samaritana. Tema interesante es el del siguiente sermón: *El diablo transfigurado.* En Catedral, dominica segunda de cuadragésima, 23 de febrero de 1755, en él se nos habla de la transfiguración del Señor y de las transformaciones de Judas. Este es un sermón moralizante, lanzado por Eguiara contra la moda prevaleciente en su momento. Un precioso trozo del mismo nos revela su inquietud ante los sucesos del día. Veámoslo:

Los lazos que el diablo arma son los hilos con que teje el vestido y máscara con que se transfigura para impedirle la subida con los escogidos al Tabor de la Gloria. Esta es la transfiguración oculta del diablo que solo se conoce con los ojos del alma, pero hay otras transfiguraciones también del diablo que se nos meten por los del cuerpo. Dejo ahora las de los hombres cuyos melindrosos trajes los equivocan con las mujeres. Dejo las más osadas de las mujeres, con que suelen servir de demonios a los hombres, y las dejo porque habría mucho que decir en la materia y el tiempo es corto, pero no dejaré la nueva transfiguración que se va introduciendo con gravísimo perjuicio del buen nombre de esta ciudad, y lo que es más, con escándalo de la honestidad, del pudor y de la religión. ¿Quién vio hasta este tiempo en México, paseando a pie por esas calles y en diversiones públicas y campiñas, mujeres españolas y no españolas, muy prendidas y engalanadas, sin mantos, sin sayas como pudieran estar en lo más oculto de sus estrados y casas? ¿Quién las vio jamás de esa figura en las iglesias? Siempre hemos visto con lástima, piedad y compasión en las calles y en los templos muchas mujeres pobres, sin mantos, sin sayas, porque su miseria apenas alcanza un corto abrigo, una humilde y remendada vestidura. Esto no causa escándalo, sino edificación y lástima. ¿Qué han de hacer si no tienen más? ¿Cómo han de andar en la calle y venir al templo si no pueden de otro modo? Hacen muy bien y hagan lo que hagan, Dios se agrada de que vengan así a darle culto. ¿Pero quién no dirá que hacen muy mal las demás? ¿Quién ha de creer que no puede

costear manto y saya, una mujer vestida con guardapiés y rebozo de tela de capichola, de zaraza fina, relumbrando galones y flecos y revoloteando encajes y olanes? ¿Esta anda así en la calle y viene así al templo por necesidad? No, sino por vanidad. Es poco, por maldad, por inhonestidad, por irreligiosidad. La mujer, dice San Pablo, debe traer el velo, el manto, la cubierta sobre su cabeza por los ángeles. *Debet mulier potestatem, id est*, explican todos los padres, *velamen seu velum habere supra caput propter Angelos*. ¿Por los ángeles? Sí, por los ángeles, esto es, por los obispos, por los sacerdotes y por los demás hombres buenos, porque aunque sean tan santos como los ángeles, pueden provocarse como hombres con la desenvoltura de las mujeres.

Y agrega:

Si los más altos serafines en presencia de Jesús Sacramentado, cubren sus pies y su rostro con sus alas, ¿qué desacato y qué irreverencia de las mujeres, será descubrir los pies y la cabeza; o de pies a cabeza descubrir su profano traje? ¿Se atrevieran a subir de esa manera a Palacio para hablar al señor Virrey, y para ver al señor Arzobispo? Y se atreven a entrar de ese modo o de esa moda del diablo al Palacio de Jesucristo, a su sacrosanto templo. ¿Esto es adorar y reverenciar a Dios? ¿Esto es dar culto a su tremenda Majestad? Antes de profanar el Sagrado y despreciar a Jesucristo. Es imitar no a los serafines y querubines, no a los santos ángeles, sino a los demonios, y transfigurarse en ellos, o traerlos a ellos transfigurados en sí mismos. De ciertos apóstoles falsos y mentidos decía San Pablo se transfiguran en apóstoles de Cristo... y no hay que admirarse porque son ministros de Satanás que se transfiguran en ángeles de luz.

Pues si estas mujeres descaradas son ministros del demonio; que mucho diga yo que el demonio anda en ellas transfigurado. ¿Y con estos y semejantes desórdenes, no queremos temblores, tempestades, fatalidades? Bien sé que estas desgracias tienen causas naturales, pero también sé que a estas causas las gobierna la providencia altísima de Dios y se vale de ellas para castigo de nuestras culpas. Dejaremos de seguir las transfiguraciones del Diablo y Dios transformará las causas y los efectos de nuestro castigo. Dios las enmendará si nos enmendamos. Y si nos convirtiéramos a Su Majestad se convirtiera a nosotros. Si huyésemos del diablo transfigurado y procurásemos transfigurarnos en Cristo por una vida ajustada y cristiana, Cristo nos librará de los

temores como a Pedro, Juan y Diego en el Tabor, cuando cayeron en tierra asustados: *Surgite et nolite timere*. Y haciéndonos conformes así por la gracia, nos transfiguraría por fin en la eterna gloria.

Esta es una pequeña muestra de la predicación moralizante del señor Eguiara, la cual no es machacona ni incesante. Gusta Eguiara poner ejemplos de la realidad circundante para que sus oyentes, conociéndola, mediten en ellos y puedan seguir con fruto los consejos y advertencias que en el sermón hace Eguiara.

De la página 30 a la 36 se halla la pieza titulada: *El milagro de la limosna*, sermón *in domini* de cuadragésima 28 de marzo de 1756 en Catedral, que empieza por la invocación del Evangelio de San Juan, cap. 6: *Collegerunt ergo*, etc... En él se revela el espíritu limosnero de Eguiara que como sabemos repartía porción no pequeña de sus bienes entre los pobres. El milagro de la multiplicación de los panes de que habla el Evangelio, le sirve de pie para recomendar la acción de la limosna.

La pieza que sigue la titula: *Admiración de que Jesucristo señor nuestro no hallase hospicio el día de Ramos*. Vespertino, día 15 de abril de 1753. La que va a continuación es un sermón apoyado en San Pablo, Hebreos y Corintios que menciona la muerte, acerca de la cual hace algunas consideraciones sobre ese hecho, diciéndonos:

¿Es la muerte el espejo de la vida? ¿Y quién vio quien poniendo delante del espejo una Lia abominable, dentro de él se representase una Raquel hermosa? ¿Es la muerte la sombra de la vida? ¿Y quién vio que recostándose o moviéndose contra la luz un bruto, la sombra sea de un hombre? ¿Es la muerte en fin, el epílogo de la vida?

Otro sermón apoyado en el evangelio de San Mateo: *Ecce Rex tuus venit tibi*, se refiere también a la entrada de Jesús en Jerusalén y a la ausencia de hospitalidad que tuvo. Es un sermón breve, claro, que contrasta su recepción apoteótica con

la falta de hospitalidad que encontró. Otro sermón semejante es aquel que menciona a Zaqueo tratando de contemplar al Señor. Éste termina con una exclamación ferviente:

Así nosotros, considerando que por ventura se nos acaba la vida y se acerca la noche de nuestra muerte, hemos de pedir e instar a Su Majestad quiera quedarse con nosotros. Quédate Señor en el Hospicio de nuestras almas, cuyas puertas abrimos de par en par para que entres. Quédate por una Fe muy viva. Quédate por una Esperanza muy vigorosa. Quédate por una Caridad muy ardiente. Quédate por una contrición muy duradera. Quédate por todas las virtudes informadas de tu gracia para que nos recibas y nos hospedes eternamente en tu Gloria.

Otro más en el folio 81 se apoya en un trozo de Zacarías y relata la recepción con olivas y palmas en Jerusalén. Se refiere a la misericordia y omnipotencia divina. En el folio 87 que apoya un texto de Jeremías: *Insanabilis est dolor tuus*. Se menciona el ejemplo de Jonás sepultado dentro de la ballena. Este ejemplo de Jonás lo utiliza en varios de sus sermones pronunciados en la misma festividad, pero de diferente año.

Plática de la Gloria. Vespertino a 4 de abril de este año de 1556, el cual lleva también como título *La Conquista del Reino de la Gloria*. Está inspirado en San Mateo capítulo 11, y nos habla del Reino de Dios que debe estar en nuestros corazones. Otro sermón es el que se enuncia: *Lo que Dios ha menester*. Sermón de Ramos en catedral a 4 de abril de 1751. Apoyado también en Mateo capítulo 21, que nos refiere la entrada de Jesús a Jerusalén y cómo usó un jumentillo para ello. Como vemos éste es uno de los primeros sermones de este libro, pues es del año de 1751. Esto nos comprueba lo que decíamos que éstos están organizados temáticamente y corresponden a años diferentes. Después de éste viene otro: *Cristo Señor Nuestro padeciendo por cada uno de los hombres lo mismo que por todos*. Sermón de Palmas en catedral 1752 a 28 de marzo. El sermón que viene en seguida es del 14 de marzo dominica tercera de cuadragesima, y se titula: *Las balanzas del juicio de Dios*, vespertino. Trata del enjuicia-

miento particular y general de los hombres. Viene en seguida otro Sermón de Ramos predicado en catedral el 15 de abril de 1753, titulado: *Cristo más temible, cuanto más manso*. Otras piezas semejantes son: *El triunfo de Jesús entrando en Jerusalén cotejado con el que consiguió entrando en Egipto*. En catedral a 12 de abril de 1754. Al año siguiente pronunció en catedral ese sermón de Ramos el 23 de marzo de 1755 que tituló: *El triunfo de la velocidad en corresponder al auxilio de Dios*. Se inicia con un juego de palabras que tanto apreciaba Eguiara y dice: “La velocidad del triunfo y el triunfo de la velocidad se presentan al discurso de este día, que debe ser muy breve y muy veloz...” Y en verdad el sermón es breve.

Un nuevo sermón en el folio 151 se inicia con un versículo de San Lucas, capítulo 24, que dice *Tu solus peregrinus es in Jerusalem*. En él nos habla de la muerte, de la resurrección del Señor y de otros santos, del peregrinaje que representa la vida hasta llegar a la Gloria, o ejemplifica a base de las escrituras, hablándonos de diversas ceremonias y su sentido. Menciona el ateísmo como terrible mal. Viene luego: *El peregrino resucitado*, dado en catedral en 1755, en el que reitera el tema anterior, señalando el inagotable valor del amor de Cristo a los hombres. Pone ejemplos vivos, reales, para apoyar sus afirmaciones filosóficas y teológicas. El sermón que sigue se intitula *El reloj y muestra del amor eterno de Jesús. EL Santísimo Sacramento del altar*. En catedral 12 de abril de 1753 y lleva una nota: “Está copiado y menos rudo”. Posiblemente se trata de una versión diferente de otro texto. Es frecuente en Eguiara encontrar piezas oratorias un tanto modificadas para ser pronunciadas en distintas ocasiones. Una se inicia con el texto de San Juan capítulo 13 que dice: *Sciens Jesus quia venit hora eius...* Trata de la institución del Santísimo Sacramento y de la Eternidad del tiempo. Un ejemplo muy grato para Eguiara es el de utilizar el reloj y la esfera terrestre para mostrar y confirmar sus aseveraciones, el fondo de sus prédicas. Veamos cómo maneja y sitúa sus ejemplificaciones:

Muy sabio sin duda y muy ingenioso fue el artifice que inventó el Reloj, sea de campana o sea de sombra. Porque esta máquina desde la tierra trafica en el cielo. Tiene con él comercio tan oculto, tan íntimo y tan frecuente, que no hay día, no hay hora, no hay minuto, que no tenga noticia de lo que pasa en la Esfera. Ella es una oculta espía que reservadamente va observando uno por uno todos los pasos del sol, ocultos entre su misma luz y velocidad. Ella en fin, con la sonora voz de la campana, o con la callada lengua del índice, declara los movimientos del sol y de la Esfera. Este es el artificio humano para conocer, regular y medir el tiempo. Para regular, medir y conocer la eternidad de su amor, inventó Jesús, otro Reloj, digno de su infinita sabiduría, omnipotencia y caridad. Sabía Jesús cuánto había amado a los hombres desde la eternidad, *a parte ante*, desde que es engendrado del Padre: *Sciens quia a Deo exivit*. Sabía cuánto había de amarlos por toda la eternidad, *a parte post*: *Et ad Deum vadit: in finem, in sempiternum dilexit eos*. Y para declarar este amor dos veces eterno, hizo una Muestra de él, instituyendo el Sacramento del Altar. Esta es la hora del amor: *Hora eius*. A esta hora suena el de una y otra eternidad.

Y finaliza:

Como reloj admirable que fabrica en la hora de la Institución del Sacramento: *Quia venit hora eius*. Oh, y cómo debiera ser también eterno nuestro amor. Ya que esperamos amar a Jesús por toda la eternidad *a parte post*, y no hemos podido amarle en la eternidad, *a parte ante*, amémosle siquiera en el corto tiempo de nuestra vida, no perdamos tiempo en amarle, amémosle por ser quien es, amémosle porque nos amó y amará, amémosle para merecer su gracia, y para amarle eternamente en la gloria.

Otra pieza oratoria, también apoyada en texto del apóstol Juan que dice: *Sciens Jesus quia venit hora eius...* c. 13, nos traza un retrato del verdadero amor, el amor de Dios.

Quien pintó el amor ciego y niño, copió a un amor pequeño. Para retratar a un amor grande, debió haber pintado no a un polifemo, que aunque gigante llevaba solo un ojo en medio de la frente, sino a un hombre de cien ojos, a un Argos. Es pequeño, es niño un amor ciego, porque aunque es fineza amar sin tener ojos para

ver deméritos e ingratitudes del amado, no es la mayor fineza. Pero sí lo es amar viendo ingratitudes y reviendo deméritos. Y por eso, para ser agigantado el amor ha de ser Argos. Un amor ciego no ve prendas que le inclinen, pero tampoco ve motivos que le retraigan. Que si bien es fineza amar a quien no merece ser amado, si tampoco lo desmerece, ese amor no es el más fino. El más fino, el más grande, el más agigantado amor es aquel que viendo con muchos ojos el objeto sin méritos que inclinen, con muchos deméritos que aparten, y con otras tantas ingratitudes que atosiguen, sin embargo se aficiona, se prenda y se va tras el mismo objeto. ¿Queréis que os dé la pintura más propia de un amor agigantado? Pues contemplad a un Argos con cien ojos dándole su corazón, no a ciento sino a innumerables ciegos. El original de esta copia es Jesús Nuestro Señor, instituyendo el Divinísimo Sacramento del Altar. Para darse una ojeada, espero me asista propicia la Purísima Señora Virgen y Madre, cuyos ojos arrebataron al Rey de la Gloria, para que desde allá volase hasta la tierra y la llenase de Gracia. Ave María.

En un último sermón en el folio 132, que apoya en el capítulo 21 de San Mateo, hace unas reflexiones acerca de graves calamidades que se habían cernido sobre numerosas ciudades de Europa, África y Asia, sobre todo el terrible terremoto que afligió Portugal y su capital, y llama a enmendar la vida, a hacer penitencia para prevenir en América estos males. Trae a colación la destrucción de Nínive que fue profetizada, y compara a Nínive con México y le llama a arrepentirse, a llorar sus pecados. Exclama que México, considerada una de las más grandes ciudades de la tierra, ahora es más grande por su fe.

Qué grande es su fe, exclama, y su piedad ¡Oh qué grandes las prendas de singular amor que Dios le ha dado en las imágenes portentosas con que la ha favorecido! ¡Qué grandeza en los templos y casas religiosas que la engrandecen y edifican! Pero todos estos son motivos para temer más el castigo. Motivos para temerlo, los beneficios tan singulares como mal correspondidos. Motivos para temerlo la grandeza misma en que se halla, porque la multitud de gentes origina la de las culpas. ¡Cuánta embriaguez! ¡Cuánta profanidad! ¡Cuánta avaricia! ¡Cuánta gente des-

carada y lasciva! Cada uno consulte su conciencia. Y no bastaría esto para que un San Pedro Mártir, como otro Jonás Profeta, anunciase a México el castigo. Veis cómo Nínive escapó al castigo y ved cómo puede México evitarlo: La penitencia, la contrición, la confesión, la comunión, la restitución, las limosnas, las mortificaciones y las demás buenas obras nos librarán de los estragos temidos. Lloremos ahora con fruto, no sea después infructuoso nuestro llanto.

Con estas exclamaciones propias en un sermón de cuaresma y sobre todo ejemplificantes, por basarse en acontecimientos más o menos próximos, más o menos recientes, pero que habían alarmado al mundo iberoamericano, el señor Eguiara llamaba a la contrición al pueblo mexicano.

Tal es sucintamente el contenido de este volumen de sermones predicados durante varios años, en las cuaresmas y en diversos templos de la ciudad de México, por el canónigo magistral de la catedral mexicana, don Juan José de Eguiara y Eguren. Un volumen que forma un conjunto de piezas, temáticamente agrupadas, el cual se desprendió del resto de su sermonario y que fue a parar por incógnitos sinos a la biblioteca catedralicia de la ciudad de León, Guanajuato, en donde para lo menos hace doscientos años. El haberlo localizado y tenido la posibilidad de estudiarlo, copiarlo y dado a conocer a todos aquellos que siguen muy de cerca la extraordinaria obra cultural de Eguiara y Eguren, es una tarea muy grata, sobre todo cuando van a cumplirse tres centurias del nacimiento de tan importante filósofo, teólogo, predicador y bibliógrafo.

